



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

LA VERDAD EN CONFLICTO:

Gracia, Mentira y Fidelidad en un Mundo Caído

Parte 7 de 7.

Contenido

| | |
|---|----|
| Prólogo: El Final del Viaje y el Comienzo de la Vida Real | 1 |
| Breve conexión con el camino recorrido (Partes 1 a 6)..... | 2 |
| ENSEÑANZA 7: La Verdad Encarnada: Viviendo sin Máscaras en la Comunidad de la Gracia..... | 2 |
| El Diagnóstico Final: La persistencia de la máscara | 3 |
| El Tribunal de la Conciencia: La Verdad en lo Secreto | 5 |
| La Teología del Cuerpo: Por qué la mentira es un suicidio | 10 |
| Creando una Cultura de Gracia | 12 |
| La Identidad Transformada: De Engañador a Príncipe | 13 |
| La Mirada Final al Héroe Invariable | 15 |
| Conclusión: La Invitación a Vivir en la Luz | 16 |
| Preguntas para reflexión y aplicación en la vida diaria:..... | 17 |
| Cuestionario: | 17 |

Prólogo: El Final del Viaje y el Comienzo de la Vida Real

Hemos llegado a la cumbre. Durante seis sesiones, hemos caminado como peregrinos a través de los desiertos antiguos, las cortes de faraones, los muros de Jericó y las tiendas de los patriarcas. Hemos visto la gloria de la soberanía de Dios y la miseria de la astucia humana. Pero todo estudio bíblico que se queda en la historia antigua, falla en su propósito eterno. La Palabra de Dios no es un museo; es un espejo.

Hoy, en este cierre esperanzador, "aterrizamos el avión". Pasamos de la exégesis de la historia a la exégesis de nuestra propia vida. La pregunta ya no es "¿Por qué mintió

Abraham?" o "¿Cómo engañó Jacob?", sino **"¿Cómo vivimos nosotros, individualmente y como la Iglesia del siglo XXI, como una comunidad de verdad en un mundo de mentira?"**.

Prepárate, amada iglesia, porque hoy Dios quiere sanarnos con el aceite de Su gracia. Hoy descubriremos que la verdad no es una carga pesada que llevamos para impresionar a Dios, sino la atmósfera de libertad que Cristo compró para nosotros.

Breve conexión con el camino recorrido (Partes 1 a 6)

Para que este cierre tenga todo su peso, recordemos brevemente los pilares que hemos levantado:

- En la **Parte 1**, nos paramos firmes sobre la roca: **Dios es Verdad**. Vimos que la mentira no es un "pecadillo", sino un acto de guerra espiritual, una alianza con las tinieblas y una negación del carácter de nuestro Padre.
- En la **Parte 2**, descendimos a la tensión ética con las **Parteras y Rahab**, aprendiendo que Dios valora la lealtad del corazón (el temor de Dios) por encima de la perfección del método, y que Su gracia puede redimir historias rotas (como la de Rahab) para tejer líneas mesiánicas.
- En las **Partes 3 y 4**, acompañamos a **Abraham**, el amigo de Dios, y vimos con dolor cómo el miedo lo llevó a mentir en Egipto y Gerar. Pero, sobre todo, vimos la fidelidad obstinada de Dios, que protegió la promesa a pesar de la cobardía del patriarca.
- En la **Parte 5**, nos sentamos junto a los pozos de **Isaac**, el patriarca silencioso. Vimos cómo el pecado generacional (el miedo) se repite, pero también cómo la mansedumbre y la confianza en Dios abren lugares espaciosos (*Rehobot*) donde la contienda cesa.
- Y finalmente, en la **Parte 6**, luchamos junto a **Jacob**. Vimos la elección soberana de la gracia sobre un hombre torcido, la severa misericordia de la disciplina (la siembra y la cosecha), y el momento glorioso en Peniel donde Dios tuvo que romperle el cuerpo para sanarle el alma.

Todo esto nos trae aquí, al momento presente.

ENSEÑANZA 7: La Verdad Encarnada: Viviendo sin Máscaras en la Comunidad de la Gracia

Cuando iniciamos este recorrido a través de la vida de los patriarcas, nos embarcamos en una búsqueda. No era simplemente una búsqueda de datos históricos o de curiosidades biográficas sobre hombres que vivieron hace milenios. *Era una búsqueda de nosotros mismos*. Al mirar en el espejo de las Escrituras, hemos visto nuestros propios rostros reflejados en las dudas de Abraham, en las estrategias de Jacob y en los miedos de Isaac.

Si tuviera que resumir todo este viaje, todas las lecciones aprendidas y todas las capas que hemos ido quitando semana tras semana, lo haría con una sola frase que captura la esencia de nuestra lucha humana: ***La mentira es el intento desesperado del hombre de controlar su mundo movido por el miedo; la verdad, en cambio, es la decisión valiente del hombre de confiar el control a Dios por medio de la fe.***

Hoy llegamos al final de esta serie, y el Señor nos hace un llamado que va más allá del intelecto. Dios nos llama a dejar de estudiar la verdad como un concepto académico y a empezar a *encarnarla*. Y nos llama a hacer esto no solo como individuos aislados, como francotiradores de la honestidad, sino como partes integrantes de un organismo vivo, palpitante y glorioso: ***La Iglesia.***

El gran desafío que tenemos por delante no es aprender más definiciones de "verdad", sino vivir sin máscaras desde el momento en que nos miramos al espejo en lo secreto, hasta en medio de la comunidad de la gracia.

El Diagnóstico Final: La persistencia de la máscara

Debemos comenzar con una pregunta incómoda, una que quizás nos hemos hecho en la soledad de nuestra habitación o en el silencio del automóvil al volver de un culto. Si ya somos hijos de Dios, si ya conocemos la verdad que nos hace libres, si ya hemos sido lavados por la sangre del Cordero... *¿por qué seguimos usando máscaras?*

Pensemos en la liturgia (ceremonia) no escrita de nuestros domingos. Si entras a una iglesia promedio en cualquier lugar del mundo y saludas a un hermano con la pregunta estándar: *"¿Cómo estás?"*, es casi seguro que el 99% de las veces recibirás la respuesta automática: *"¡Bendecido, hermano!"*. Lo decimos con una sonrisa ensayada, incluso si nuestro matrimonio se está desmoronando en secreto, incluso si nuestro corazón está lleno de una ansiedad que no nos deja dormir, o si estamos luchando con pecados que nos consumen por dentro.

¿Por qué hacemos esto? ¿Por qué la casa de la Verdad se convierte a veces en el lugar donde más nos cuesta ser verdaderos? Aprendiendo de nuestros patriarcas, podemos identificar dos raíces venenosas que, aunque fueron cortadas en la cruz, todavía intentan crecer en el jardín de la gracia si no estamos atentos.

La primera es **la raíz del miedo**, o lo que podríamos llamar "el fantasma de Abraham en nosotros". Recordemos la historia. Abraham, el padre de la fe, mintió en Egipto y luego en Gerar. No lo hizo por maldad inherente ni por el deseo de dañar a otros. Lo hizo por una razón muy simple, muy humana y muy contemporánea: *la autopreservación*. Tenía miedo. Temía perder su vida y sus posesiones ante gobernantes poderosos.

Nosotros, hoy, mentimos exactamente por el mismo miedo, aunque nuestros "faraones" tengan rostros diferentes. Mentimos para proteger nuestra imagen,

porque una voz interna nos susurra: *"Si supieran quién soy realmente, si vieran mis grietas y mis dudas, no me amarían. Me rechazarían"*.

Mentimos también para evitar el conflicto. Al igual que Isaac, muchas veces preferimos una falsa paz basada en el silencio y la omisión, que una verdadera paz basada en la luz y la confrontación santa. Preferimos la comodidad de la mentira a la turbulencia necesaria de la verdad.

Y mentimos para proteger nuestra posición. Tememos que si mostramos debilidad, si admitimos que no tenemos todas las respuestas, perderemos el respeto de nuestra familia, de nuestros empleados o de nuestro liderazgo en la iglesia. El miedo nos dice: *"No confíes en Dios para tu protección; es demasiado arriesgado. Mejor construye tú mismo un muro de palabras falsas, una fortaleza de apariencias donde nadie pueda herirte"*.

Pero, amada iglesia, la cruz de Cristo ha destruido el fundamento de este miedo. **Romanos 8:15** nos grita una realidad superior: *"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!"*.

Como proclama **Romanos 8:31**: *"¿Si Dios es por nosotros, quién contra nosotros?"*. No necesitamos mentir para sobrevivir; ya hemos sobrevivido a lo peor —la muerte eterna— gracias a la obra redentora de nuestro Señor Cristo Jesús.

La segunda es **la raíz del orgullo**, o "la máscara de Jacob antes de Peniel". Jacob mintió a su padre Isaac para obtener la bendición. Su mentira nacía de la creencia arrogante de que él necesitaba "ayudar" a Dios. Creía que su astucia era necesaria para el éxito, que la promesa divina necesitaba un empujón humano.

Nosotros mentimos cuando queremos proyectar una espiritualidad que aún no tenemos. Fingimos orar más de lo que realmente oramos. Exageramos nuestras victorias espirituales y escondemos cuidadosamente nuestros fracasos morales. *¿Por qué?* Porque en el fondo, una parte de nuestro viejo hombre todavía cree que la bendición de Dios —y la aprobación de la iglesia— depende de nuestro desempeño, de nuestra "nota" espiritual, y no de Su gracia inmerecida.

El teólogo luterano **Dietrich Bonhoeffer** diagnosticó esta condición con una precisión casi quirúrgica en su obra sobre la vida en comunidad. Él escribió: *"El hombre piadoso no conoce el pecado. Por eso tiene que mentir... La máscara piadosa es el intento de ocultar que seguimos siendo pecadores que necesitan gracia desesperadamente"* (Vida en Comunidad).

Es una declaración devastadora. Mientras sigamos fingiendo piedad para impresionar, no podremos recibir la gracia que es solo para pecadores. Hasta que no aceptemos que somos amados única y exclusivamente por gracia y no por méritos, seguiremos mintiendo para intentar "ganarnos" un amor que ya se nos ha dado gratuitamente. ¡Qué increíblemente parecidos a Jacob somos! Él luchó la

mayor parte de su vida para ganar por sus propios medios exactamente lo que Dios mismo ya le había concedido por gracia.

"La mentira es el refugio del huérfano; la verdad es el idioma del hijo"

El Tribunal de la Conciencia: La Verdad en lo Secreto

Vivimos en un mundo de apariencias. A menudo, nuestra existencia se convierte en un escenario cuidadosamente iluminado donde interpretamos un papel, donde gestionamos nuestra imagen pública con la destreza de un actor consumado. Nos preocupamos profundamente por lo que se ve, por lo que se dice, por la impresión que causamos en los demás. Pulimos la superficie, ensayamos los discursos y aseguramos que la máscara esté perfectamente ajustada antes de salir a la luz del día.

Sin embargo, hay un lugar donde las luces del escenario no llegan. Hay una región en nuestra existencia donde no hay audiencia, donde los aplausos no se escuchan y donde las máscaras resultan inútiles. Es el lugar secreto. Es lo íntimo. Y es precisamente allí, en esa profundidad oculta, donde Dios dirige Su mirada.

El Dios de la Escritura no es un espectador que se queda en la primera fila admirando el vestuario; Él es el Creador que escudriña los cimientos. A menudo pensamos que la batalla por la verdad se libra en nuestros labios, en el esfuerzo por no decir mentiras a nuestro prójimo. Pero la Biblia nos invita a un viaje mucho más profundo, hacia el origen mismo de nuestra conducta, revelándonos que la verdadera batalla por la integridad no comienza afuera, sino adentro.

La Anatomía de la Conciencia

El rey David, en uno de los momentos más vulnerables y honestos de su vida, escribió palabras que dismantelan nuestra religiosidad superficial. Tras ser confrontado con su propio pecado, no ofreció excusas ni trató de arreglar su imagen pública. En cambio, fue a la raíz del asunto: Leemos en **Salmo 51:6**: *"He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría"*.

Esta declaración es devastadora para cualquier intento de hipocresía. David no dice que Dios ama la verdad en los discursos, ni siquiera en las canciones de adoración o en las oraciones públicas. Dios ama la verdad *"en lo íntimo"*. Para comprender la magnitud de esta exigencia, debemos detenernos en el lenguaje que el Espíritu Santo inspiró.

La frase *"en lo íntimo"* traduce el término hebreo *tuchot*. Es una palabra fascinante y anatómicamente oscura, pero teológicamente inmensa. Literalmente, se refiere a las partes cubiertas del cuerpo, a los riñones o las entrañas. En la antropología hebrea, estas partes internas no eran simplemente órganos biológicos; eran consideradas la sede de la conciencia, el lugar donde residen los motivos más profundos, el centro de los afectos que nadie más puede ver.

El *tuchot* es esa zona inaccesible al ojo público. Es el "cuarto de máquinas" de la vida humana. Es allí donde se procesan los pensamientos crudos antes de ser

refinados para el consumo externo. Es donde sentimos el peso de la culpa, el aguijón de la envidia o el calor de la pasión antes de que cualquiera de estas cosas se manifieste en una acción visible.

Dios, nos enseña el texto bíblico, desea *emet* —verdad, fidelidad, realidad— en esa zona oculta.

Esto cambia radicalmente nuestra comprensión de la santidad. No se trata simplemente de controlar lo que sale de nuestra boca, sino de santificar el lugar donde se originan las palabras. Dios no pide simplemente verdad en los labios, que pertenecen a la esfera pública; Él demanda verdad en la zona oscura donde se procesan los pensamientos antes de convertirse en palabras. Es una invitación a una coherencia radical, donde lo que somos en la soledad absoluta coincide perfectamente con lo que mostramos en la plaza pública.

El Diálogo Interno y el Soliloquio del Engaño

Si Dios ama la verdad en lo íntimo, *¿cómo es que llegamos a vivir en la mentira?* La respuesta bíblica es inquietante: el engaño es un proceso interno antes de ser un acto externo.

Consideremos la pregunta que plantea el **Salmo 15:1**: "*Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?*".

Esta es, quizás, la pregunta más importante que un ser humano puede formular. ¿Quién tiene acceso a la presencia de Dios? ¿Quién puede disfrutar de una comunión sin estorbos con el Creador? La respuesta describe el carácter de aquel que es íntegro, y en el versículo 2 encontramos una característica esencial: "*El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón*".

Notemos con atención: no dice "habla verdad con su boca", aunque eso es ciertamente necesario. El requisito para la comunión es hablar verdad "*en su corazón*" (en hebreo, *lebab*).

Esto implica que existe un diálogo interno constante. Todos nosotros mantenemos conversaciones ininterrumpidas con nosotros mismos. Nos narramos nuestra propia vida, interpretamos nuestras acciones, justificamos nuestras decisiones. Y el texto bíblico nos enseña que el conflicto de la verdad comienza en ese soliloquio interno.

Antes de mentirle a Abraham o a Isaac, el mentiroso ha tenido que mentirse a sí mismo. Antes de que la falsedad cruce los labios hacia el exterior, ya ha echado raíces en el interior. El ser humano tiene una capacidad aterradora para convencerse a sí mismo de que la mentira es necesaria, útil o incluso justa.

Nos decimos: "*No es una mentira, es una omisión piadosa*", o "*Si digo la verdad, causaré un daño mayor*", o "*Dios entiende que mi situación es especial*". En ese diálogo secreto, en la privacidad del *corazón*, torcemos la realidad hasta que se ajusta a nuestros deseos. El pecado de la mentira no es un accidente que ocurre en los labios; es una conclusión a la que llegamos en el corazón tras un largo debate interno donde la verdad fue derrotada.

Caminar en integridad, entonces, significa disciplinar ese diálogo interno. Significa hablarse verdad a uno mismo, incluso cuando duele. Significa mirarse al espejo del alma y no usar filtros suavizantes.

La primera víctima de la mentira nunca es el que la escucha, sino el que la fabrica en su propio corazón

La Anatomía del Autoengaño

El Nuevo Testamento profundiza en esta dinámica psicológica y espiritual con una precisión quirúrgica. El apóstol Juan, escribiendo a una comunidad que lidiaba con diversas formas de error, lanza una advertencia directa en **1 Juan 1:8**: *"Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros"*.

La frase *"nos engañamos"* traduce el término griego *plano*. Es una palabra cargada de significado visual. De esta raíz proviene nuestra palabra "planeta", que originalmente significaba "errante" o "vagabundo", refiriéndose a esos cuerpos celestes que parecían moverse sin patrón fijo en el cielo nocturno.

El verbo significa extraviarse, vagar, salirse del camino. Lo que Juan nos está diciendo es que, cuando negamos nuestra realidad pecaminosa, cuando rehusamos admitir lo que realmente somos en lo íntimo, nos estamos enviando a nosotros mismos al exilio. Nos convertimos en vagabundos espirituales, errantes lejos de la realidad de Dios.

El versículo indica claramente que la primera víctima de la mentira es el propio mentiroso. Al intentar ocultar nuestro pecado, no logramos engañar a Dios, quien ve los riñones y el corazón; tampoco logramos engañar permanentemente a los demás, pues la verdad tiene la costumbre de salir a flote. A quien logramos engañar exitosamente es a nosotros mismos. Nos volvemos ciegos a nuestra propia condición. Construimos una prisión de irrealidad y nos encerramos dentro de ella, pensando que estamos libres.

Santiago añade otra capa de profundidad a este problema. En **Santiago 1:22**, nos advierte sobre ser olores olvidadizos, *"engañándoos a vosotros mismos"*. Aquí, el término griego es diferente: *paralogizomai*.

Esta palabra proviene del mundo de la lógica y el cálculo. Implica un error de cálculo, un razonamiento falso, una contabilidad fraudulenta. Es usar la lógica para llegar a una conclusión equivocada deliberadamente. Es el proceso mental mediante el cual sumamos dos más dos y nos convencemos de que el resultado es cinco porque nos conviene.

Es usar la razón para justificar la desobediencia. Es el argumento interno que dice: *"Sé que la Biblia dice esto, pero mi contexto es diferente, así que en mi caso, la desobediencia es en realidad sabiduría"*. Eso es *paralogizomai*. Es un fraude intelectual y espiritual cometido contra uno mismo. Es la gimnasia mental que realizamos para alinear la Palabra de Dios con nuestra conducta, en lugar de alinear nuestra conducta con la Palabra de Dios.

La Raíz de Jacob: Una Narrativa Falsa

Para ilustrar cómo esto se ve en la vida real, podemos volver a mirar la historia de los patriarcas que hemos estudiado detenidamente en las 6 partes anteriores. A menudo pensamos en el engaño de Jacob —cuando se disfrazó de su hermano Esaú para robar la bendición— como un evento aislado, un momento de debilidad o astucia repentina. Pero si aplicamos los principios que hemos visto, comprendemos que la "mentira" de Jacob no fue solo el momento en que se puso la piel de cabrito en sus brazos para engañar a su padre Isaac ciego.

Ese acto externo fue simplemente la culminación de un proceso interno. Fue el fruto visible de una raíz invisible que había estado creciendo durante años en lo interior y secreto (el *tuchot*), en lo íntimo de Jacob.

Durante años, Jacob había estado alimentando una narrativa interna falsa. Se había estado diciendo a sí mismo cosas como: "La promesa de Dios está en peligro", "Dios necesita mi ayuda para cumplir Su plan", "La única forma de ser bendecido en esta familia es siendo astuto", "Si no tomo el control, la promesa de Dios no se cumplirá".

Esa narrativa interna era una mentira teológica. Asumía que Dios era débil, que Dios necesitaba asistencia humana pecaminosa, o que el fin justificaba los medios. Jacob se había convencido a sí mismo —había hablado mentira en su corazón— mucho antes de hablar mentira a su padre. La piel de cabrito fue solo el disfraz final de un corazón que ya se había disfrazado de "ayudante de Dios".

La batalla por la verdad en la vida de Jacob, y en la nuestra, requiere mucho más que simplemente intentar no decir mentiras blancas. Requiere *derribar los argumentos internos que se levantan contra el conocimiento de Dios*, como nos exhorta Pablo en **2 Corintios 10:5**. Requiere identificar esas narrativas falsas que nos contamos para justificar nuestra falta de fe, nuestra manipulación o nuestro pecado, y someterlas a la obediencia a Cristo.

El Espejo y la Máscara

¿Cómo, entonces, rompemos este ciclo de autoengaño? ¿Cómo cultivamos esa verdad en lo íntimo que Dios ama?

El erudito **William MacDonald** ofrece una perspectiva penetrante al comentar sobre el Salmo 51. Él escribe: *"David va más allá de los actos externos y penetra hasta la fuente misma de la conducta. Dios desea verdad en lo íntimo. No se trata meramente de una conformidad externa con la ley, sino de una transparencia y sinceridad absolutas en el centro mismo del ser. La hipocresía es aborrecible para Él; la realidad interna es lo que Él valora"* (Comentario Bíblico de William MacDonald, Editorial CLIE, 2004, p. 287).

La clave está en la transparencia absoluta en el centro del ser. Esto nos lleva a una aplicación práctica y dolorosa: *necesitamos recuperar el espejo privado*.

Antes de quitarnos la máscara ante la iglesia, antes de ser vulnerables con un grupo pequeño o con un consejero, el creyente debe atreverse a mirarse al espejo de la Palabra en la soledad de su casa y admitir lo que ve. Santiago nos habla del hombre

que se mira en el espejo y luego se olvida de cómo era. La integridad comienza cuando nos miramos, vemos la mancha, vemos la deformidad del pecado, vemos la inconsistencia, y no desviamos la mirada.

Es en ese lugar secreto donde debemos tener las conversaciones más honestas. Es allí donde debemos dejar de usar el *paralogizomai* (el razonamiento falso) para excusarnos.

Esto nos lleva a la necesidad de la confesión vertical. A menudo buscamos sanar nuestras relaciones horizontales (con otros) sin haber resuelto primero nuestra situación vertical (con Dios). Es la trampa de la hipocresía que Jesús denunció con tanta agudeza: intentamos realizar una cirugía delicada en el prójimo mientras ignoramos nuestra propia ceguera. Pero el orden divino es innegociable, tal como lo ordena el Señor en **Mateo 7:5**: *"¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano"*. ¿Cómo podemos pretender ver claro para restaurar a un hermano si nuestros propios ojos están nublados por la falta de transparencia?

La Biblia es categórica: la claridad hacia afuera comienza con la integridad hacia adentro. Y el **Salmo 32** nos muestra que esa sanidad fluye de la confesión a Dios. *"Mientras callé, se envejecieron mis huesos"*, dijo David. El silencio ante Dios, el intento de mantener la fachada ante el Omnisciente, nos consume por dentro. Cuidado.

No puedo ser real contigo si no soy real con Dios. Si mi relación con el Padre está marcada por la actuación y el ocultamiento, inevitablemente mis relaciones humanas serán superficiales y manipuladoras. La verdad en lo íntimo ante Dios es el prerrequisito para la verdad en los labios ante los hombres.

Dios no busca la perfección de nuestra actuación, sino la honestidad de nuestra condición

El Peligro de Creerse la Propia Propaganda

Existe un peligro latente para aquellos de nosotros que hemos caminado en la fe por mucho tiempo. Es el peligro de creerse la propia propaganda.

Muchos cristianos han llevado la máscara de *"todo está bien"*, *"soy fuerte"*, *"tengo fe inquebrantable"* durante tanto tiempo que han olvidado que es una máscara. Han confundido su "personaje dominical" con su verdadera identidad. Han actuado el papel del creyente victorioso con tanta frecuencia que ya no saben cómo ser el creyente necesitado, quebrantado y dependiente.

Esta disociación es mortal. Nos impide recibir gracia porque la gracia es solo para los enfermos, no para los sanos; para los pecadores, no para los justos. Si nos convencemos de que no tenemos pecado (1 Juan 1:8), nos cerramos a la corriente de gracia que fluye hacia la verdad.

La verdad en conflicto exige romper esa disociación. Exige que volvamos al *interior secreto*, a las entrañas, a lo más íntimo de nuestro ser, y permitamos que la luz de

Dios ilumine los rincones oscuros. Exige que dejemos de vagar (*plano*) en la irrealidad de nuestra propia justicia y volvamos al camino de la confesión humilde.

Dios no se impresiona con nuestra fachada. Él no necesita nuestra ayuda, como pensaba Jacob. Él no necesita nuestra perfección externa. Lo que Él ama, lo que Él busca apasionadamente, es un corazón que no tiene nada que esconder. Un corazón que puede decir: *"Señor, esto es lo que soy. No es bonito, pero es verdad. Y te lo entrego"*.

Ahí, en la honestidad brutal de lo secreto, es donde comienza la verdadera transformación. Porque solo lo que se trae a la luz puede ser sanado. Solo la verdad nos hace libres. Y el Dios que ama la verdad en lo íntimo está esperando allí, no para condenarnos por nuestra realidad, sino para vestirnos con una justicia que no es nuestra, una justicia que no es una máscara, sino una nueva naturaleza en Cristo Jesús.

La Teología del Cuerpo: Por qué la mentira es un suicidio

Ahora, es necesario que llevemos este diagnóstico al terreno de la práctica eclesial, guiados por la carta a los Efesios. En el capítulo 4, el apóstol Pablo no nos está dando una simple regla moral de conducta. No está diciendo simplemente "no mientas porque es malo", como nos diría una maestra de escuela. Nos está dando una razón orgánica, vital y existencial.

Leamos con reverencia **Efesios 4:25**: *"Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros"*.

Hay dos conceptos aquí que debemos desempacar con cuidado. Primero, el mandato apostólico de **"desechar"**. La palabra griega utilizada es *apotithemi*. Es un verbo muy gráfico que se usaba para describir el acto de quitarse ropa sucia, vieja y hedionda. Pablo no dice: *"Traten de mentir un poco menos esta semana"*. Él dice: *"¡Quítense esa ropa vieja! ¡Esa prenda no les pertenece! ¡No encaja con quienes son ahora!"*.

La mentira es el uniforme del viejo hombre, es la vestimenta de la naturaleza caída de Adán. Un cristiano que miente es una contradicción viviente; es como un príncipe de sangre real vestido voluntariamente de mendigo. Está usando una ropa que no concuerda con su nueva identidad en Cristo.

Pero el corazón del asunto está en la lógica orgánica que Pablo presenta: *"porque somos miembros los unos de los otros"*. Esta es la razón teológica profunda para la verdad: *la interconexión vital*.

Imagina por un momento tu cuerpo físico. Tu cuerpo funciona gracias a un sistema de comunicación constante y veraz. Si tus ojos ven un precipicio peligroso, pero le "mienten" a tu cerebro, enviando la señal de que es un camino llano y seguro, ¿qué sucede? El cuerpo cae y muere. Si el estómago siente un dolor agudo, señal de una infección, pero le "miente" al cerebro diciendo que todo está bien y que no hay necesidad de alerta, la infección se propaga y mata al cuerpo.

La verdad en el cuerpo físico no es una opción; es un mecanismo de supervivencia.

En la iglesia sucede exactamente lo mismo. Cuando yo miento sobre mi estado espiritual, cuando finjo estar bien cuando estoy cayendo en tentación, o cuando oculto mi pecado detrás de una fachada de respetabilidad, no estoy cometiendo simplemente un acto privado. Estoy desconectando el sistema nervioso del Cuerpo de Cristo. Estoy impidiendo que el cuerpo me ministre, me sane, me sostenga y me ayude.

La mentira en la iglesia no es solo pecado; es un suicidio colectivo. Nos priva de la intercesión real de los hermanos, nos roba el consuelo verdadero y evita la corrección necesaria que podría salvarnos la vida. Es suicidio colectivo porque el individuo corta voluntariamente las líneas de suministro espiritual (oración, consuelo, corrección, compañía y soporte) que lo mantienen vivo. Es colectivo porque, en la teología paulina, la iglesia funciona como un organismo interdependiente (soma), razón por la cual lo identificamos como el **Cuerpo de Cristo**. No es una organización ni un club, sino un organismo vivo donde cada creyente es una parte vital (un miembro) conectado a la cabeza que es Cristo. Cuando un miembro miente sobre su estado real, obliga a todo el cuerpo a funcionar basándose en datos falsos, lo que lleva a la disfunción general y a la muerte de la comunión auténtica.

Esta dinámica letal de la mentira constituye una enfermedad autoinmune espiritual dentro del cuerpo de Cristo. Así como en la patología autoinmune el sistema de defensa biológico pierde la capacidad de distinguir lo propio de lo ajeno y ataca sus propios órganos vitales, la falta de veracidad desorienta el sistema inmunológico de la iglesia. Cuando los miembros ocultan su realidad, la intercesión y el cuidado pastoral (los anticuerpos espirituales) no pueden dirigirse a la infección real, o peor aún, el cuerpo comienza a atacarse a sí mismo mediante juicios erróneos y aislamiento, llevando al organismo eclesial (cuerpo = soma) a un colapso sistémico de la comunión (koinonia).

Sobre este tema tan especial, **Paul Brand y Philip Yancey**, en su obra *La imagen de Dios* (Editorial Vida, 1986, p. 68), utilizan la analogía fisiológica para explicar la salud espiritual del cuerpo: *Si una célula se rebela contra el cuerpo y afirma su independencia, se convierte en un cáncer. Si una célula miente sobre su dolor o necesidad al resto del cuerpo, pone en peligro la supervivencia de todo el organismo. La lealtad al cuerpo significa veracidad absoluta; sin ella, la cooperación celular es imposible y la muerte es inevitable.*

Martyn Lloyd-Jones, desde su perspectiva reformada, lo expresó con fuego en sus predicaciones: *"La mentira rompe la unidad del Espíritu. No puedes tener comunión con una máscara. Solo puedes tener comunión de persona a persona, de verdad a verdad"*.

No es posible experimentar el amor verdadero si no permitimos ser conocidos verdaderamente. Cuando camina entre ustedes proyectando una imagen de

perfección o fortaleza que no poseo, construyo una tragedia silenciosa: ustedes pueden admirar mi piedad, pueden valorar mi conducta y pueden amar sinceramente la "máscara" que he fabricado, pero ese amor nunca tocará mi corazón. Rebotará en la superficie de mi disfraz sin penetrar jamás en mi alma. Mientras recibo su aceptación externa, por dentro me marchito en una soledad aterradora, atormentado por un pensamiento constante: *"Si realmente supieran quién soy, si vieran mis luchas ocultas y mis manchas, dejarían de amarme"*. La máscara me protege del rechazo, es cierto, pero al mismo tiempo me aísla e impide herméticamente ser amado por quien realmente soy.

Por esta razón, la comunión cristiana no puede ser un simple club social de apariencias; debe ser el encuentro valiente de pecadores que han decidido bajar la guardia. La comunión genuina exige, demanda y requiere verdad, porque la gracia de Dios y el amor de los hermanos solo pueden sanar lo que estamos dispuestos a exponer. No podemos ser curados de heridas que escondemos ni abrazados en áreas que negamos. El milagro de la iglesia ocurre cuando, al quitarme la máscara y mostrar mi verdadero rostro —con todas sus cicatrices—, descubro con asombro que no soy juzgado, sino aceptado. Solo entonces, cuando soy completamente conocido y, a pesar de ello, completamente amado, experimento la libertad gloriosa del Evangelio.

Y existe todavía un beneficio extra: si cuando me quito la máscara, descubro que el amor que recibo no era el que yo esperaba, es el mejor indicador de que debo mirar hacia mi interior y comenzar a entregar a Dios cada aspecto de mi vida que no le agrada. Así, paso a paso, durante el proceso de santificación, podré confirmar de qué forma fraternal el amor de la congregación me hace sentir verdaderamente amado y no solo "tolerado" por amor.

Creando una Cultura de Gracia

Hermanos, aquí debemos aterrizar estos conceptos y ser muy prácticos y dolorosamente honestos. Si queremos una iglesia donde se hable la verdad, donde la gente se quite las máscaras, necesitamos crear un ambiente donde la verdad no sea castigada con el juicio o el rechazo.

Existe un peligro real, el peligro del legalismo, que termina fabricando "Ananías y Safiras" modernos. ¿Por qué mintió esta pareja en Hechos 5? Sí, había avaricia, pero había algo más profundo: *querían la reputación de generosidad sin el costo de la entrega. Querían la imagen de santidad sin la realidad de la consagración.*

Pero debemos preguntarnos: *¿Creamos nosotros a veces una cultura tácita en nuestras congregaciones donde "estar mal" es visto como una falta de fe?* Si un hermano se atreve a confesar: *"Estoy luchando con la pornografía y no puedo salir"*, o una hermana dice: *"Siento que Dios me ha abandonado y estoy deprimida"*, ¿cuál es nuestra reacción? Si nuestra reacción es el juicio, la mirada de sorpresa escandalizada o el consejo rápido y frío ("solo tienes que orar más"), estamos enseñándoles a mentir.

Les estamos diciendo implícitamente: *"Aquí solo aceptamos a los victoriosos. Aquí no hay lugar para los heridos"*. Y así, empujamos a nuestros hermanos a la oscuridad de la hipocresía.

Necesitamos ser una iglesia que funcione como un refugio de gracia, un lugar donde sea seguro confesar. La iglesia debe ser un hospital de campaña para heridos en batalla, no un museo de santos de cera intocables. Una verdadera *"Comunidad de Gracia"* es aquella que tiene la valentía de decir: *"Yo también soy un pecador redimido. Tu pecado no me asusta, no me escandaliza, porque conozco el mío. Y conozco a un Salvador que es infinitamente más grande que mis fracasos y los tuyos"*.

Cuando la gracia es el aire que respiramos en la congregación, la verdad sale a la luz naturalmente, sin forzarla.

Ya no tengo miedo de mostrarme tal cual soy, porque descanso en la instrucción clara de **Gálatas 6:1**: *"vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre"*. Sé que al confesar no seré destruido con espíritu de crítica, sino levantado por la gracia. Ya no necesito fingir perfección, porque mi identidad está segura en Cristo, no en mi desempeño moral de la semana.

Como bien dijo el pastor **Tim Keller**: *"El evangelio es esto: Somos más pecadores y defectuosos de lo que jamás nos atrevimos a creer, pero a la vez, somos más amados y aceptados en Jesucristo de lo que jamás nos atrevimos a esperar"*.

Esta es la base sólida de la verdad. Si soy tan profundamente amado a pesar de ser tan profundamente defectuoso, no necesito mentir. No tengo nada que esconder porque Aquel que todo lo ve, ya me ha perdonado todo.

La Identidad Transformada: De Engañador a Príncipe

Volvamos por un momento a nuestro amigo Jacob, al final de su lucha en Peniel. ¿Recuerdan cómo salió de ese encuentro divino? Salió cojeando. Y aquí está la paradoja divina más hermosa: Jacob nunca fue más fuerte que cuando salió cojeando.

El mundo nos grita constantemente: *"Camina erguido, muestra fuerza, nunca dejes que te vean sudar, sé el capitán de tu destino"*. El Evangelio nos dice algo radicalmente opuesto: *"Muestra tu cojera"*.

La cojera de Jacob era la prueba física, visible e innegable de que ya no confiaba en sus propias piernas para correr, huir o manipular. Ahora tenía que apoyarse en Dios para dar cada paso. Su debilidad física se convirtió en su fortaleza espiritual. Una iglesia de verdad es una iglesia de "cojos", una asamblea de hombres y mujeres que reconocen que no pueden caminar solos y que se apoyan completamente en Jesús.

Hay un poder liberador en la admisión de nuestra realidad:

- Cuando admito: *"No sé qué hacer"*, estoy abriendo la puerta para invitar a la sabiduría de Dios.
- Cuando admito: *"He pecado"*, estoy abriendo la puerta para invitar al perdón restaurador de Dios.
- Cuando admito: *"Soy débil"*, estoy invitando al poder omnipotente de Dios a reposar y perfeccionarse sobre mí.

El apóstol Pablo, el gigante teológico del Nuevo Testamento, entendió esto a la perfección. Él no se gloriaba en sus visiones celestiales o en sus milagros para validar su ministerio ante los corintios. Él dijo en **2 Corintios 12:9**: *"Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo"*.

¡Qué libertad, amada iglesia! ¡Qué alivio para nuestras almas cansadas! No tienes que ser el superhéroe infalible de tu familia. No tienes que ser el cristiano perfecto que proyectan las redes sociales. Solo tienes que ser verdadero. Tienes que ser un Jacob que, cansado de luchar con sus propias fuerzas, se aferra a Dios y dice: *"No te soltaré, porque sin Ti no soy nada. Estoy cojo, pero soy Tuyo"*.

Esta confesión de debilidad por parte de Jacob no es un evento aislado en el Antiguo Testamento; resuena con una armonía perfecta en la enseñanza radical de Jesús siglos más tarde. Existe una conexión profunda entre la cadera dislocada del patriarca y la advertencia severa del Salvador.

Escuchemos con atención lo que establece Cristo en **Marcos 9:45**: *"Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado"*.

Aquí, el Señor establece lo que podríamos llamar una escala de valores absoluta y eterna. Nos dice que es infinitamente preferible entrar a la vida (zoé) —la vida abundante y eterna de Dios— con una limitación física, que conservar toda nuestra integridad natural y ser arrojados al infierno (*geenna*). Bajo esta luz, la cojera de Jacob deja de ser una patología vergonzosa que debe ocultarse ante los vecinos; se convierte en la marca quirúrgica de la gracia divina.

Dios, en Su misericordia severa, ha "amputado" la autosuficiencia de Jacob. Ese "pie" con el que Jacob corría, huía y pateaba a sus adversarios, tuvo que ser tocado. Jesús nos advierte que cualquier facultad, cualquier hábito o cualquier recurso natural —aunque sea tan vital y querido como un pie o un ojo— que nos sirva de tropiezo (*skandalon*) y alimente nuestra independencia pecaminosa, debe ser sacrificado.

La integridad física o la reputación moral intachable ante los ojos del mundo carecen de valor si conducen a la perdición del alma. La verdadera plenitud, paradójicamente, se halla a menudo en esa pérdida aparente que nos obliga a depender de Dios.

Por consiguiente, la teología de la santificación nos enseña una verdad contracultural: es preferible presentarse ante Dios incompleto en recursos propios, pero vibrante y vivo en el Espíritu, que llegar "entero" en la carne, lleno de capacidades humanas, pero muerto espiritualmente.

El comentarista **William MacDonald** captura la urgencia de esta verdad cuando señala: *"El pecado debe ser tratado drásticamente; es mejor ir por la vida como un lisiado que vivir en la indulgencia y acabar en la perdición"* (Comentario Bíblico, Editorial CLIE, 2004, p. 598).

Hermano, mira tu propia vida. Tu "cojera" espiritual —esa incapacidad que sientes hoy de caminar por tus propios medios, esa debilidad que te impide usar tu antigua astucia— es, paradójicamente, tu mayor fortaleza. *¿Por qué?* Porque esa debilidad garantiza que nunca más podrás huir de la presencia divina. Esa herida bendita asegura que deberás avanzar el resto de tus días no corriendo en tus fuerzas, sino apoyado perpetuamente en el brazo fuerte de tu Redentor.

Esa honestidad brutal es la única plataforma sobre la que el Espíritu Santo trabaja con poder real. Dios no unge nuestras máscaras; Dios unge nuestra realidad rendida.

"La gracia no necesita que seas fuerte; necesita que seas real"

La Mirada Final al Héroe Invariable

Y así, llegamos al final de nuestra serie. Hemos caminado con los patriarcas. Hemos visto a hombres y mujeres fallar repetidamente. Hemos visto mentiras por miedo, estrategias carnales, familias rotas y rivalidades amargas. Pero si cerramos este estudio mirando solamente nuestros pecados o los pecados de Abraham, Isaac y Jacob, hemos fallado miserablemente.

El propósito de ver la oscuridad de la mentira humana en la Biblia no es para deprimarnos, sino para que la luz de la Verdad Divina brille con más intensidad por contraste.

Cristo es la Verdad que nos hace libres. Donde Abraham mintió para salvar su pellejo, Jesús dijo la verdad para entregar Su vida por nosotros. Donde Jacob manipuló y engañó para ganar una bendición que no merecía, Jesús, siendo el bendito Hijo de Dios, se despojó de Su gloria para darnos la bendición a nosotros, que no la merecíamos. Donde las parteras en Egipto tuvieron que temer al rey terrenal, Jesús venció al príncipe de este mundo.

Él es el cumplimiento de todo lo que los patriarcas anhelaban y no podían alcanzar por sí mismos. Él es la "Simiente" prometida que Dios protegió sobrenaturalmente a través de hambrunas, guerras, esterilidad y las propias mentiras de sus antepasados. La fidelidad de Dios no era solo una idea abstracta o un concepto teológico; era una misión de rescate con un rostro: el rostro de Cristo.

Vivimos en un mundo inestable, un mundo de *fake news*, de identidades virtuales construidas con filtros, de apariencias que se desvanecen. Vivimos en un mundo

líquido donde la palabra dada no vale nada y los compromisos se rompen cuando dejan de ser convenientes.

Pero nosotros... ¡nosotros tenemos un Dios que no puede mentir! Como afirma **Tito 1:2**. Tenemos un Dios que es la Verdad Inmutable.

- Cuando Él dice "*Te amo*", lo dice eternamente y nada puede separarnos de ese amor.
- Cuando Él dice "*Te perdono*", echa nuestros pecados al fondo del mar y nunca más se acuerda de ellos.
- Cuando Él dice "*Estoy contigo*", está contigo en el fuego de la prueba y en la inundación del dolor.

Esa Verdad Inmutable es nuestra roca firme. No decimos la verdad para intentar convencer a Dios de que nos ame; decimos la verdad porque hemos sido amados por el Dios de Verdad, y queremos parecernos a nuestro Padre. La verdad es la respuesta de gratitud de un corazón que ha encontrado seguridad.

Conclusión: La Invitación a Vivir en la Luz

Amada familia, las palabras de esta serie "**La Verdad en Conflicto**" terminan hoy en el papel, pero deben comenzar hoy, ahora mismo, en nuestros corazones y en nuestras relaciones.

Dios nos está llamando a algo verdaderamente heroico. No nos llama a matar gigantes filisteos ni a abrir mares rojos con una vara. Nos llama a algo que, en nuestra cultura actual, requiere quizás más valentía: *Ser reales*.

Dios nos llama a soltar las armas de la defensa personal. A tirar las máscaras de la religiosidad que nos asfixian. A dejar de ser "diplomáticos" con nuestro pecado, negociando treguas falsas, y empezar a ser confesores honestos de Su gracia abundante.

Imagina por un momento una iglesia así. Imagina una congregación donde nadie tenga que fingir que su vida es perfecta. Imagina una familia donde el perdón fluya más rápido que la ofensa porque no hay secretos. Imagina una comunidad tan segura en el amor de Dios que la mentira se vuelva innecesaria, obsoleta, absurda.

Esa es la iglesia que Cristo está edificando. Una iglesia con la "cojera" de Jacob —consciente de su debilidad—, pero con la fuerza de Israel —sostenida por Dios—. Una iglesia que ha entendido que la Verdad no es un garrote para golpear al caído, sino una Luz gloriosa para sanar las heridas más profundas.

Sal de este lugar hoy con la frente en alto. No porque seas perfecto, no porque nunca hayas mentido, sino porque eres conocido en tu totalidad y, aun así, eres amado por el Dios que ve todo y te llama "Hijo".

El conflicto ha terminado. La Verdad ha vencido en la cruz y en la tumba vacía. Y esa Verdad tiene un nombre: **Jesús**.

¡A Él sea la gloria, la honra y la verdad por los siglos de los siglos! Amén.

Ahora que hemos explorado estos temas según la Biblia, es hora de reflexionar sobre cómo podemos aplicar estos principios en nuestra propia vida diaria.

Preguntas para reflexión y aplicación en la vida diaria:

1. **El Espejo del Miedo:** Al mirar las historias de Abraham e Isaac, ¿puedes identificar cuál es el "miedo raíz" que te lleva a ocultar la verdad en tu vida diaria? ¿Es miedo al rechazo, miedo a la pérdida económica, o miedo a perder el control?
 2. **La Prueba de la Comunidad:** Efesios 4 nos dice que somos "miembros los unos de los otros". Si fueras totalmente honesto con un hermano en la fe sobre tus luchas actuales, ¿qué es lo peor que imaginas que pasaría? ¿Qué te dice ese temor sobre tu visión de la gracia en la iglesia?
 3. **La Cojera de Jacob:** ¿Hay alguna área de debilidad o fracaso en tu vida que has estado tratando de ocultar, pero que Dios podría querer usar (como la cojera de Jacob) para mostrar Su poder y bendecirte con una dependencia más profunda?
 4. **Cultura de Gracia:** ¿Cómo reaccionas cuando alguien te confiesa un pecado o una debilidad? ¿Eres un refugio de gracia que invita a la verdad, o tu reacción crítica empuja a los demás a ponerse una máscara?
 5. **Cristo como Verdad:** ¿Cómo cambia tu ansiedad diaria al meditar en el hecho de que Dios *no puede* mentir y que Sus promesas sobre tu futuro son más reales que tus circunstancias presentes?
-

Cuestionario:

Con la finalidad de ayudarte a meditar sobre todo lo que el Señor nos ha enseñado en este estudio bíblico, te dejamos aquí un cuestionario que será de gran ayuda para tu comprensión de la Palabra de Dios.

Dios te bendiga !!!

1. Según la Enseñanza 7, ¿cuáles son las dos "raíces venenosas" identificadas en los patriarcas que nos llevan a mentir hoy en día? a) La falta de conocimiento bíblico y la presión cultural. b) El Miedo (autopreservación como Abraham) y el Orgullo (proyección de imagen como Jacob). c) La influencia del diablo y la debilidad de carácter. d) La costumbre social y la falta de oración.

2. Basado en Efesios 4:25, ¿cuál es la razón "orgánica" que da el apóstol Pablo para desechar la mentira? a) Porque mentir es un pecado mortal. b) Porque el diablo es padre de mentira. c) Porque somos miembros los unos de los otros (y la mentira desconecta el cuerpo). d) Porque la verdad nos hará libres.

3. ¿Qué contraste fundamental establece el estudio entre "Ananías y Safira" y una "Comunidad de Gracia"? a) Ananías y Safira murieron, pero nosotros vivimos. b) El legalismo fabrica hipócritas que fingen piedad (como Ananías), mientras que la gracia crea un refugio seguro para confesar y ser sanado. c) Ananías y Safira no dieron todo el dinero, y la gracia no pide dinero. d) No hay contraste, ambos son ejemplos de juicio.

4. ¿Qué significa teológicamente la "cojera" de Jacob después de Peniel en relación con la verdad? a) Que fue castigado por sus mentiras anteriores. b) Que nunca pudo volver a correr. c) Representa la autenticidad de alguien que ha dejado de confiar en su propia fuerza/astucia y vive en dependencia abierta de Dios. d) Es un símbolo de la vergüenza del pecado.

5. En la conclusión cristológica, ¿cómo se contrasta la acción de Jesús con la de los patriarcas? a) Jesús nunca tuvo hambre ni miedo, por eso no mintió. b) Jesús condenó a los patriarcas por sus mentiras. c) Donde ellos mintieron para salvarse (autopreservación), Jesús dijo la verdad para entregar Su vida por nosotros (sacrificio). d) Jesús borró las historias de los patriarcas para escribir una nueva.

Respuestas Correctas del Cuestionario

1. Respuesta Correcta: b) El Miedo (autopreservación como Abraham) y el Orgullo (proyección de imagen como Jacob). *(Sección 1: El Diagnóstico Final)*

2. Respuesta Correcta: c) Porque somos miembros los unos de los otros. *(Sección 2: La Teología del "Cuerpo")*

3. Respuesta Correcta: b) El legalismo fabrica hipócritas... la gracia crea un refugio seguro. *(Sección 3: Creando una Cultura de Gracia)*

4. Respuesta Correcta: c) Representa la autenticidad de alguien que... vive en dependencia abierta de Dios. *(Sección 4: La Identidad Transformada)*

5. Respuesta Correcta: c) Donde ellos mintieron para salvarse... Jesús dijo la verdad para entregar Su vida. *(Sección 5: La Mirada Final al Héroe Invariable)*

¡GLORIA A DIOS! Hemos concluido esta serie. Mi oración es que estas verdades no queden en el papel, sino que se conviertan en fuego en tus huesos. Que el Dios de Verdad te bendiga, te guarde y haga resplandecer Su rostro sobre ti.

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS



WhatsApp

+54 9 11 3784-5752